

TEXTOS NARRATIVOS*

Carlos León

Herbert Müller

CARLOS LEÓN

CORTESIA

RESULTABA UN curioso embajador de sí mismo, pues lo íntimo, aquello esencialmente suyo, estaba escondido detrás de su extraordinaria cortesía y de sus modales suaves: —Permítame que lo felicite y le desee la mayor ventura en este día especial para usted.

Se aferraba a uno, y sus palabras, pese a la intención cordial, eran inquietantes y constituían casi un cargo.

—Permítame que lo felicite.

Sus ojos cansados, un poco acuosos, tenían una resignada actitud neutra como de espera.

Se le agradecía la gentileza y él regresaba a su alto pupitre a trajinar unos papeles de los cuales parecía alimentarse.

A pesar de no ser tan viejo y de poseer una figura común, daba la sensación de ser de otra parte, de otro tiempo, como ese personaje fabuloso dormido luengos años a causa de un hechizo y que despierta de pronto a un mundo desconcertante.

A mí me intrigaba ese hombrecillo singular. Era casi imposible atribuir su conducta a puro artificio. Su actitud debió tener una raíz más honda, pues debajo de su personalidad ostensible, yo intuía otra más privada, íntima, dueña, tal vez, de alegrías, de anhelos y hasta de una cólera propios.

A veces salíamos juntos de la oficina, caminábamos en silencio.

—¿Cree usted que se habrá molestado el jefe por mi atraso en confeccionar las planillas?

* Los siguientes relatos fueron leídos por sus autores en el desarrollo de los Encuentros.

Mirábame con sosegada desesperación, sonriendo vagamente. Yo me esforzaba por restar importancia al incidente sin lograrlo del todo.

A veces, se detenía frente a un escaparate y me enseñaba un par de guantes, una corbata, o cualquiera otra chuchería.

—Es bonita ¿verdad?

Miraba con singular atención.

Su interés me parecía desproporcionado y los objetos de su predilección, incompatibles con su carácter. Una vez le pregunté si le agradaban mucho. Mi pregunta pareció desconcertarlo. Me miró con sus cansados ojos parpadeantes:

—Tengo un hijo, ¿sabe?; a él le gustan estas cosas.

Y luego, como si deseara ocultarlo, comenzó a hablar de asuntos generales.

Con el tiempo, nuestras salidas se hicieron habituales y comenzó entre ambos una curiosa relación transeúnte.

Lentamente fue venciendo su reserva y su conversación se hizo más confidencial.

Había tenido, después de todo, una infancia en cierta caleta del norte soleada y fresca. Su padre era dueño de un pequeño astillero; allí el mar era tibio y las mañanas transparentes. Había también una lancha semihundida en blanquísimo banco de arena y, naturalmente, una caverna donde él y otros niños, desaparecidos hacía ya más de treinta años, guardaban un tesoro. Las calles eran íntimas como casas y el pueblo constituía casi una familia.

Su voz adquiría seguridad y, detrás de sus ojos y de sus palabras, se divisaba la sombra de algo marítimo, soleado, juvenil.

Aquí todo era distinto: el mar era sucio y estaba envilecido por la industria humana; las gentes eran duras y frías y él mismo había sido modificado: allá en su pueblo natal era de piel clara y aquí todo el mundo lo encontraba moreno. Todo esto le resultaba inexplicable. Se sorprendía bruscamente en medio de su monólogo y rogándome con sus mejores maneras excusara sus divagaciones, se colocaba su actitud remota como quien se pone una armadura.

Un día lo sorprendí comprando delicados entremeses en un establecimiento de lujo. Se sintió un tanto cohibido; me saludó, sin embargo, afectuosamente con su manera indecisa.

—A mi niño le gustan estas cosas —me dijo, de pronto, con ligero aire de reto, respondiendo a una pregunta que yo no había pensado formular.

—Niño mimado —murmuré yo—, debe sentirse feliz con un padre tan cariñoso.

Me miró como si recién me descubriera:

—No es un niño mimado: está enfermo.

Tuve la impresión de haber cometido una torpeza inexcusable.

La gente continuaba cumpliendo años, obteniendo ascensos, casándose.

Mi amigo seguía cumplimentándonos con su desconcertante cordialidad.

Los agasajados agradecían por fórmula y, a sus espaldas, colgábanle motes risibles:

—¡Vaya un viejo ridículo!

Un día lo sorprendí vacilante frente a su escritorio, mirando sin ver, mientras se despojaba mecánicamente de sus gruesos guantes de lana. Me acerqué a saludarlo.

Sin responder a mi saludo, me dijo con suavidad, hablando consigo mismo:

—Mi hijo se agrava.

Luego comenzó a sentarse lenta y cuidadosamente, como si temiera distraer su dolor.

El resto del tiempo se comportó como un sonámbulo.

En las primeras horas del día siguiente supimos la noticia: su hijo había muerto.

Resolví visitarlo. Habitaba una casa pequeña, limpia, en actitud de descenso y tan ostensible como si en ella se celebrara una subasta.

Me recibió con aire distraído, pero eficiente. Le expresé mi condolencia. Me agradeció en forma vaga. Luego limpióse el cuello con un pañuelo y me dijo con aire molesto que sentía un calor insoportable. Con esa extemporánea reflexión sobre el clima demostrábase a sí mismo la posibilidad de sentir nuevas molestias, de estar vivo todavía.

La casa estaba invadida por esa gente brotada no sabe uno de dónde, presente siempre en los velorios y que parece ser suministrada junto con el servicio por la propia empresa funeraria.

Me dejó solo para atender algunos encargos. Sorteaba muebles y personas con extraña soltura, con una agilidad casi alegre, incompatible con las circunstancias.

Por una piadosa limitación de la conciencia, su dolor estaba sepultado pero presto a surgir apenas cesara el ajetreo administrativo y social de la muerte,

Me divisó de nuevo. Lentamente se fue acercando. Colocóse a mi lado y comenzó a mirar en torno suyo con extrañeza, frunciendo el ceño. De pronto, en su rostro consumido, la costumbre comenzó a dibujar la mascarilla cortés de sus días habituales y, con la misma cordialidad y orgullo de un coleccionista que exhibe a un huésped importante su pieza más valiosa, descubrió la faz del niño y me dijo:

—¿Quiere verlo?

HERBERT MÜLLER

A LAS DOCE Y CUARTO

NI EL dinero que me dieron para el viaje ni el dinero que me adelantaron como parte de mi sueldo, fueron suficientes para que yo me comprara un reloj. Por eso, al llegar a la cima de la cuesta, siendo de noche, al divisar el poblacho, allá, a lo lejos, sentí más que nunca, hasta entonces, la necesidad de saber la hora.

Quería saber cuánto tiempo llevaba viajando en aquel lentísimo camión; quería saber cuánto había aguantado con las manos en el volante y los ojos puestos en el camino. Camino que hasta ahora me es totalmente desconocido; camino que se extiende hacia el norte, apegado a la cordillera, a los contrafuertes de la cordillera que corre paralelamente al mar, y que lleva al norte, al desierto, a la aridez, al calor.

Viajaba solo. Viajaba cargado de fierros. Era una jornada penosa que tomaría varios días y varias noches de esfuerzo para permitirme, después, tenderme a descansar. ¿Descansar por cuánto tiempo? ... No sé, pero descansar al fin, algún día, sabiendo que los dueños de mi carga y los dueños de mi camión estaban contentos de mí.

Era un camión nuevo. Cargado al máximo. Era también un camino nuevo para mí.

Yo no tenía mucho miedo en las bajadas, pero sí en las subidas. ¿Daría el motor? ¿Tendría las fuerzas suficientes como para sortear todas las cuestas y para hacerlo girar en tanta intrincada curva? Todo eso no lo sabía. Estaba por verse. Pero, por el momento, divisar en el medio de la noche las luces de un pueblo, tan cansado, tan hambriento como iba, me pareció el colmo de la dicha.

Pero yo no llevaba reloj.